

La Promesa de la Juventud pro vida

Megan Breen y Samuel Vasquez

Armada de unos pocos recursos y con apenas orientación, Alejandra, una estudiante de secundaria en California, comenzó un proyecto con dudosas probabilidades de éxito: iniciar un club pro vida en su escuela secundaria pública. Recientemente había terminado de leer *The Snakebite Letters* (“Las cartas de Mordidadaserpiente”) de Peter Kreeft, que narra la correspondencia entre un demonio curtido, el tío Snakebite (“Mordidadaserpiente”), y su sobrino, Braintwister (“Rompecabezas”). Snakebite instruye a su protegido para que convenza a jóvenes de que vivan una vida basada en el egocentrismo, la autosuficiencia y los placeres inmediatos. El mandato de Snakebite es simple: “oscurécelo todo siempre... ¡Baja las luces! Cualquier cosa es preferible a la verdad y a la luz”.¹ Estas palabras conmovieron la conciencia de Alejandra. En ellas reconoció la situación de su escuela secundaria: los jóvenes estaban viviendo en la oscuridad porque carecían de la verdad, la orientación y la esperanza verdadera.

En una ocasión, Juan Pablo II describió esta situación de la cultura moderna “de luces y sombras” como una que “debería hacernos plenamente conscientes de que estamos ante el enorme y dramático choque entre el bien y el mal, la muerte y la vida, la “cultura de muerte” y la “cultura de vida”.² Este conflicto es especialmente evidente entre los jóvenes estadounidenses. Comienza en el hogar, con uno de cada tres adolescentes viviendo en un hogar roto. En estos hogares, uno de cada seis niños y una de cada cuatro niñas son agredidos sexualmente, generalmente por miembros de su propia familia antes de cumplir los dieciocho años de edad. Más de la mitad de los muchachos adolescentes consumen con regularidad pornografía por Internet y el número de las jóvenes que lo hacen también está creciendo. No es sorprendente que casi dos tercios de los alumnos de secundaria ya ha tenido relaciones sexuales en el momento de su graduación, el alcohol está involucrado en el setenta y cinco por ciento de todas las primeras relaciones sexuales. Alrededor de la mitad de los adolescentes sexualmente activos contraerá enfermedades de transmisión sexual (ETS), mientras que una de cada tres jóvenes sexualmente activas se quedará embarazada, casi un millón por año. Alrededor del sesenta por ciento de estos embarazos terminará en aborto.

No solo eso, la juventud de hoy vive en un mundo

RESPETEMOS LA VIDA

dominado por la tecnología. Con varios televisores en casa, computadoras, dispositivos de música digitales, video juegos y teléfonos inteligentes, pasan más tiempo utilizándolos (más de seis horas al día, en promedio) que en cualquier otra actividad que no sea dormir.³ Por ejemplo, un niño promedio de 12 años habrá pasado tanto tiempo viendo la televisión como el que pasará platicando con su papá a lo largo de toda su vida.

Los medios de comunicación reflejan y moldean la cultura, ofreciendo mensajes a menudo contradictorios y dañinos. Pugnan por crear una identidad para los adolescentes (a menudo para convencerlos de que comprenden un producto de consumo). Los jóvenes son animados a perseguir sus metas y superar obstáculos a través de lemas publicitarios como el “*Just Do It*” (“Simplemente hazlo”) de Nike o el “*Be All That You Can Be*” (“Sé todo lo que puedes ser”) del ejército estadounidense. A los jóvenes se les dice que a través de la perseverancia, la auto-disciplina y la dedicación, pueden alcanzar cualquier cosa que se propongan, sea en el campo académico, los deportes, las bellas artes y así, sucesivamente. Pero a los adolescentes también se les tienta a dejarse engañar por una cultura de promiscuidad sexual, avaricia y violencia. Series de televisión como “*Gossip Girl*” o programas de telerealidad como “*Real World*” de MTV despliegan un conjunto de personajes que cambian de pareja semanalmente, como si fuera un producto de consumo más.

La tensión surgida entre estos dos extremos —entre plantearles a los jóvenes el reto de vivir una vida disciplinada y extraordinaria, y a la vez asumir que no pueden controlar sus impulsos y vivir castamente— puede derivar en una crisis de identidad. Muchos acaban preocupándose por estar a la altura de los modelos contradictorios presentados por los medios de comunicación. No resulta sorprendente que cada vez más adolescentes vean con cinismo y desconfianza el lugar de Dios en su vida. Como el Papa Benedicto XVI señala, muchos tienen “la sospecha de que una persona que no peca para nada, en el fondo es aburrida; que le falta algo en su vida: la dimensión dramática de ser autónomos; que la libertad de decir no, el bajar a las tinieblas del pecado y querer actuar por sí mismos forma parte del verdadero hecho de ser” realmente quienes son. Crean que “el amor de Dios crea una dependencia y que necesitan desembarazarse de esta dependencia”

para ser plenamente libres. Al hacer esto “se fía de la mentira más que de la verdad, y así se hunde con su vida en el vacío, en la muerte”.⁴ ¡Braintwister parece estar haciendo un buen trabajo!

A muchos jóvenes, sin embargo, les gustaría hacer algo positivo. Esa energía, carisma, alegría y amor por la vida propios de la adolescencia son demasiado valiosos como para ser anulados o distorsionados por una cultura de la muerte. Partiendo del mensaje del Evangelio, los jóvenes pueden ser un sustento de fe vibrante para aquellos que han sido desalentados por la mezcla de mensajes de una sociedad abatida. En su primer mensaje para los jóvenes, Benedicto XVI afirmó con gran convicción que “quien deja entrar a Cristo no pierde nada, nada –absolutamente nada– de lo que hace la vida libre, bella y grande. ¡No! Sólo con esta amistad se abren las puertas de la vida. Sólo con esta amistad se abren realmente las grandes potencialidades de la condición humana”.⁵

“Si confiamos en Cristo”, nos dijo el Papa Benedicto en otra ocasión, “no perdemos nada, sino que lo ganamos todo”.⁶ En ninguna otra parte son tan obvios o necesarios esta energía y este potencial como en el movimiento pro vida; hay un innegable crecimiento del compromiso para con el derecho a la vida entre los jóvenes. Un número considerable de jóvenes no sucumben a la presión social que les empuja a entregar su corazón y su alma a la “cultura de la muerte”. Su identidad se basa en la Verdad en lugar de campañas publicitarias o las últimas tendencias. Necesitamos urgentemente que estas personas expresen su compromiso conjunto ante una cultura que duda de su convicción. Para los jóvenes que llevan una vida desordenada, estos otros pueden transmitir un mensaje de esperanza y ser un ejemplo de amor.

Adoptando una postura, un joven puede servir de inspiración para un grupo de compañeros que cambien la actitud de todo un colegio. Alejandra se dispuso a “encender las luces” y decidió revelar la verdad a sus compañeros. Después de conseguir una pequeña donación, encargó cientos de folletos pro vida y los repartió por la escuela. Sus compañeros reaccionaron con curiosidad y sorpresa cuando vieron, muchos por primera vez, cómo un bebé crece en el útero, plenamente reconocible como persona, en una fase temprana del desarrollo. Comenzaron los debates en aulas y pasillos. La causa pro vida generó tanto interés que Alejandra y otros compañeros entusiasmados buscaron un asesor docente y siguieron los protocolos escolares para fundar un Club de Estudiantes Por La Vida. Su objetivo era

arrojar luz entre otros jóvenes sobre la realidad del aborto, fomentar la apertura a lo acertado de los puntos de vista pro vida y a servir de apoyo para que otros jóvenes pro vida no se sintieran solos. El resultado fue un claro y discernible cambio de las opiniones y el conocimiento sobre el aborto entre los jóvenes del colegio en favor de los postulados pro vida.

Alejandra descubrió que su colegio era un vacío desprovisto de información sobre las actuaciones pro vida y que solo necesitaba que se introdujera la verdad y medios eficaces (por ejemplo, un club) para compartir y expresar el mensaje pro vida. Muchos jóvenes no entienden lo que una postura pro vida implica. Simplemente no lo han considerado. Una presencia respetuosa, puede cambiar el corazón y la forma de pensar de aquellos que ignoran la gravedad del aborto –y, en última instancia salvar vidas. Con solo unos pocos recursos, orientación y confianza en Cristo, los jóvenes salvarán vidas en sus colegios y dondequiera que elijan construir una “cultura de vida”.

Para saber más sobre cómo comenzar un esfuerzo pro vida en tu escuela, o para ofrecer apoyo a jóvenes con tales fines, visite: www.usccb.org/prolife/youth

Megan Breen se graduó en Franciscan University, Steubenville, Ohio y cursa una maestría de la Teología del matrimonio y la familia en el Instituto Pontificio Juan Pablo II en Washington, DC.

Samuel Vasquez se graduó en la University of Notre Dame y cursa un doctorado en Teología sistemática en Catholic University of America en Washington, DC.

Ambos hacen pasantías en el Secretariado de Actividades Pro-Vida de la Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos.

1 Peter Kreeft, *The Snakebite Letters* (San Francisco: Ignatius Press, 1991), 38.

2 Juan Pablo II, *El Evangelio de la Vida (Evangelium Vitae)* (Washington, DC: USCCB, 1995), no. 28.

3 Vea D.F. Roberts y U.G. Foehr, “Trends in Media Use,” *The Future of Children* 18 (2008): 11-37. Disponible en https://www.princeton.edu/futureofchildren/publications/docs/18_01_02.pdf; accesible el 15 de marzo de 2009.

4 Papa Benedicto XVI, homilía, 8 de diciembre, 2005.

5 Papa Benedicto XVI, homilía, 24 de abril, 2005.

6 Papa Benedicto XVI, homilía, 26 de mayo, 2006.